

Historia 8—La Tentación

Después de Su bautismo, Cristo fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo.

Al ir al desierto, Cristo fue guiado por el Espíritu de Dios. No invitó la tentación. Quería estar solo, para poder contemplar Su misión y obra.

Mediante la oración y el ayuno había de prepararse para el camino manchado de sangre que debía recorrer. Pero Satanás sabía dónde había ido el Salvador; así que fue allí para tentarlo.

Cuando Cristo salió del Jordán, Su rostro resplandecía con la gloria de Dios. Pero después de entrar en el desierto, esa gloria desapareció.

Los pecados del mundo estaban sobre Él, y Su rostro reflejaba una tristeza y una angustia que el hombre jamás había sentido. Estaba sufriendo por los pecadores.

Adán y Eva en el Edén habían desobedecido a Dios al comer del fruto prohibido. Su desobediencia había traído el pecado, la tristeza y la muerte al mundo.

Cristo vino para dar un ejemplo de obediencia. En el desierto, después de ayunar cuarenta días, no quiso apartarse de la voluntad de Su Padre, ni siquiera para obtener alimento.

Una de las tentaciones que venció a nuestros primeros padres fue la tentación de complacer el apetito. Con este largo ayuno, Cristo había de demostrar que el apetito puede ser dominado.

Satanás tienta a los hombres a la complacencia, porque esto debilita el cuerpo y nubla la mente. Entonces sabe que puede engañarlos y destruirlos más fácilmente.

Pero el ejemplo de Cristo enseña que todo deseo equivocado debe ser vencido. Nuestros apetitos no deben gobernarnos; nosotros debemos gobernarlos.

Cuando Satanás se apareció por primera vez a Cristo, parecía un ángel de luz. Afirmaba ser un mensajero del Cielo.

Le dijo a Jesús que no era la voluntad de Su Padre que Él soportara ese sufrimiento; que solo debía mostrar disposición a sufrir.

Cuando Jesús luchaba contra los más agudos dolores del hambre, Satanás le dijo:

«Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan».

Pero como el Salvador había venido a vivir como nuestro ejemplo, debía soportar el sufrimiento como nosotros hemos de soportarlo; no debía hacer un milagro para Su propio beneficio. Todos Sus milagros habían de ser para el bien de los demás. A la exigencia de Satanás respondió:

«Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

Así mostró que es mucho menos importante proveernos de alimento que obedecer la palabra de Dios. Los que obedecen la palabra de Dios tienen la promesa de todas las cosas necesarias para la vida presente, y también tienen la promesa de la vida futura.

Satanás había fracasado en vencer a Cristo en la primera gran tentación; luego lo llevó a un pináculo del templo de Jerusalén, y le dijo:

«Si eres el Hijo de Dios, échate abajo, porque escrito está: A sus ángeles mandará por ti, y te sustentarán en sus manos, para que no tropieces con tu pie en piedra».

Satanás siguió aquí el ejemplo de Cristo al citar las Escrituras. Pero esta promesa no es para aquellos que se aventuran voluntariamente al peligro. Dios no le había dicho a Jesús que se lanzara desde el templo. Jesús no lo haría para complacer a Satanás. Dijo: «Escrito está además: No tentarás al Señor tu Dios».

Debemos confiar en el cuidado de nuestro Padre celestial; pero no debemos ir a donde Él no nos envía. No debemos hacer lo que Él ha prohibido.

Porque Dios es misericordioso y está dispuesto a perdonar, hay quienes dicen que es seguro desobedecerle. Pero esto es presunción. Dios perdonará a todos los que busquen el perdón y se aparten del pecado. Pero a los que eligen desobedecerle, no puede bendecirlos.

Satanás apareció entonces como lo que realmente era: el príncipe de las tinieblas. Llevó a Jesús a la cima de una montaña alta y le mostró todos los reinos del mundo.

La luz del sol se extendía sobre espléndidas ciudades, palacios de mármol, campos fértiles y viñedos. Satanás dijo:

«Todo esto te daré, si postrado me adoras».

Por un momento Cristo contempló la escena. Luego se apartó. Satanás le había presentado el mundo de la manera más atractiva; pero el Salvador miró más allá de la belleza exterior.

Vio el mundo en su miseria y pecado, apartado de Dios. Toda esa desgracia era el resultado de que el hombre se apartara de Dios para adorar a Satanás.

Cristo se llenó de anhelo por redimir lo que se había perdido. Anhelaba restaurar el mundo a más que su belleza edénica. Quería colocar a los hombres en una posición ventajosa ante Dios.

Por el hombre pecador estaba resistiendo la tentación. Había de ser un vencedor, para que ellos pudieran vencer, para que pudieran ser iguales a los ángeles y dignos de ser reconocidos como hijos de Dios.

Ante la exigencia de adoración de Satanás, Cristo respondió:

«Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás» (Mateo 4:3-10).

El amor al mundo, la codicia de poder y el orgullo de la vida—todo lo que aparta al hombre de la adoración a Dios—estaba comprendido en esta gran tentación de Cristo.

Satanás ofreció a Cristo el mundo y sus riquezas si Él rendía homenaje a los principios del mal. Así Satanás nos presenta las ventajas que se obtienen al hacer el mal.

Nos susurra: «Para tener éxito en este mundo, debes servirme. No seas demasiado escrupuloso con la verdad y la honestidad. Obedece mi consejo, y te daré riquezas, honor y felicidad».

Al obedecer este consejo, estamos adorando a Satanás en lugar de a Dios. Solo nos traerá miseria y ruina.

Cristo nos ha mostrado lo que debemos hacer cuando somos tentados.

Cuando le dijo a Satanás: «Vete», el tentador no pudo resistir el mandato. Se vio obligado a irse.

Retorciéndose de odio y furia frustrados, el jefe rebelde se apartó de la presencia del Redentor del mundo.

El conflicto terminó por aquella vez. La victoria de Cristo fue tan completa como había sido el fracaso de Adán.

Así podemos resistir la tentación y vencer a Satanás. El Señor nos dice: «Resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros» (Santiago 4:7, 8).